



Una Historia Esquiva: El *Chicago Tribune* y la ley “Que Ningún Niño Quede Atrás”

Durante el otoño de 2003 la reportera de educación del *Chicago Tribune*, Stephanie Banchemo, propuso revisar los efectos de la ley “Que Ningún Niño Quede Atrás” (NCLB—sigla a partir del inglés *No Child Left Behind*), aprobada en el Congreso el 2001. La ley era relativamente nueva y había prometido revolucionar el sistema educacional, especialmente para los estratos más bajos y que habitaban en los distritos cuyos colegios tenían una mala evaluación. Una pieza clave de la ley era la llamada “elección del prestador” que permitía que un alumno pudiese elegir un mejor colegio y el Estado cubriría los costos de transporte. Banchemo tenía curiosidad: ¿Cómo había sido la experiencia de los niños que habían aprovechado las ventajas de la ley?

Banchemo tenía experiencia reportando el área de educación y había escrito varios reportajes sobre las políticas públicas y los supuestos efectos del NCLB. Pero no era una experta en reportajes extensos e historias de corte mas humano. Se propuso una meta ambiciosa cuando decidió que la mejor manera de responder la interrogante que se había planteado era seguir a un mismo niño durante un año escolar completo. Banchemo encontró rápidamente a una niña que satisfacía sus requerimientos: una alumna aventajada que probablemente se beneficiaría de un mejor ambiente educacional. Al mismo tiempo Rayola Carwell, estudiante de tercero básico parecía cumplir con otra de las condiciones, tenía una madre sumamente dedicada. Yolanda Carwell era afroamericana, madre soltera de tres niños, y que demostraba un fuerte compromiso en la búsqueda de mejores oportunidades para ellos. Banchemo comenzó a seguir a Rayola al tiempo que ella se matriculó en su nuevo colegio, Stockton Elementary, en el lado norte de Chicago.

La tarea no solo implicaba una nueva forma de reporteo para Banchemo. Al mismo tiempo la puso en una compleja situación laboral ya que su editor no había mostrado demasiado entusiasmo. La periodista, sin embargo, estaba convencida y optó por cubrir la historia en las mañanas, antes de su turno, y sin que ello interfiera con sus tareas diarias. Trabajó así hasta enero de 2004, cuando finalmente los editores de Banchemo reconocen su dedicación y asignan su historia a la sección de reportajes.

Este caso fue escrito por Julia Ioffe para el Knight Case Studies Initiative, Graduate School of Journalism, Columbia University. La Universidad de los Andes traducida de la versión en español. El profesor responsable fue LynNell Hancock. La fundación John S. and James L. Knight financió la elaboración de este caso. (1009)

Copyright © 2009 El Patronato de la Universidad de Columbia en la Ciudad de Nueva York. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, revisada, traducida, almacenada en un sistema de recuperación utilizado en una hoja de calculo, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro) sin el permiso escrito de Case Studies Initiative.

Sin embargo, en febrero, Banchemo comenzó a preguntarse si sus editores no habrían tenido razón al comienzo al no querer reportear el tema. La historia no estaba dando los resultados que ella había supuesto. En vez de una nota sobre las consecuencias políticas del NCLB, Banchemo estaba descubriendo la vida de una niña ansiosa por aprender, pero limitada por los problemas de su madre. Había un eje político: si de acuerdo a lo establecido por el NCLB, el estado efectivamente hubiese costado el transporte quizás Rayola hubiese tenido éxito. Pero su fracaso—en la mitad de su año escolar ya había abandonado Stockton—se explicaba por muchas razones, más allá de las falencias de la ley. Afectaba, por ejemplo, la inhabilidad de Yolanda Carwell de mantener un trabajo estable o de imponer a sus hijos una rutina. La historia, advirtieron los editores, no era si el NCLB funcionaba o no. Lo importante era que el ambiente familiar importaba tanto como la legislación y era determinante en el éxito o fracaso del niño. La protagonista era Rayola, pero también lo era Yolanda.

Esto puso a Banchemo en una encrucijada. Había trabajado mucho para ganar la confianza de los protagonistas de su nota. En los meses que había compartido con los Carwell, la familia había logrado sentirse confiada y casi no se percataban de la presencia de la reportera. Ahora surgía un problema. ¿Entendía Yolanda que todo lo acontecido en los meses de reporteo era publicable? Pese que Banchemo la había advertido que la nota se trataba tanto de su hija como de ella, debía asegurarse que Carwell entendiese que su personaje estaba adquiriendo un rol central.

Banchemo quería asegurarse que Carwell estuviese conciente que sus antecedentes y su pasado serían estudiados e investigados y el resultado podía no ser favorable. De hecho, ni la misma Banchemo había anticipado el giro de la historia. Banchemo sentía que tenía una responsabilidad con su fuente—en este caso una madre soltera, sin educación y sin redes de apoyo. Pero al mismo tiempo quería seguir con una historia en la que tanto ella como sus editores veían un legítimo interés periodístico. ¿Si le contaba a Carwell lo que tenía intenciones de escribir, limitaría el acceso a su hija?

No Child Left Behind— Que Ningún Niño Quede Atrás

Con la idea de favorecer a niños como Rayola Carwell, el presidente George W. Bush aprobó la ley el 8 de enero de 2002. El NCLB era técnicamente una actualización y mejora de la regulación de educación básica y superior aprobada en 1965 (ESEA). Para el 2001, sin embargo, en los distintos sectores políticos existía la certeza de que demasiados niños egresaban de la educación media sin las competencias necesarias para desenvolverse en el siglo XXI. NCLB entró en un terreno completamente nuevo al obligar a todos los colegios con financiamiento del Estado a someterse a pruebas de matemáticas y lenguaje. La ley, explicó el presidente Bush, apuntaba directamente a “quienes toleran el conformismo y bajas expectativas.”¹

¹ Como se ha citado en “Education Reform Left Behind,” *New York Times*, Febrero 8, 2003.

Todos los colegios serían evaluados y debían mejorar respecto de años anteriores, de lo contrario, serían sancionados. Los alumnos entre tercero y octavo serían evaluados el menos una vez, y con ello asegurar que efectivamente estuviesen recibiendo los conocimientos mínimos aceptables. Los resultados serían públicos y por ende los colegios deberían también responder ante los padres y la comunidad. Si un establecimiento no mejoraba recibiría fondos adicionales que serían destinados a tutores y otras medidas que pudiesen mejorar el desempeño de los menores. Si después de dos años el colegio no mostraba una mejora, sus alumnos serían trasladados a mejores centros. Si en tres años la situación no cambiaba y no existiese la posibilidad de traslado, los alumnos recibirían clases particulares gratuitas. A los cuatro años, el Estado estaba autorizado para aplicar medidas más extremas e incluso despedir a los profesores menos calificados.

Aun así, puesto que la administración del sistema educacional correspondía a cada estado, la legislación no establecía estándares a nivel del país e incluso los instrumentos de medición variarían según el gobierno estatal.

Elección. Una parte de la ley, conocida como la “elección del prestador” permitía que los padres tuviesen mayor injerencia en la educación de sus niños. Los apoderados de un menor que asistía a uno de los establecimientos con rendimiento deficiente podían trasladarlo a uno mejor dentro del mismo distrito. El costo de transporte lo asumiría el Estado. Al mismo tiempo, los niños que asistían a colegios con alto grado de violencia e incluso peligrosos, también podían optar por otro centro.²

Pros y contras. Desde que fue aprobado el NCLB generó apoyo y críticas transversales. Quienes lo apoyaban veían un intento por elevar los estándares de la educación y a la vez generar incentivos para que los colegios mostrasen mejoras.³ Jonathan Alter, de *Newsweek*, representaba la opinión de muchos al reconocer que las pruebas permitirían identificar claramente el desempeño de los grupos minoritarios en vez de “ocultarlos detrás de un mal obtenido promedio.” Con ello, incluso los establecimientos con buenos resultados generales tendrían que poner especial atención en quienes no estaban rindiendo bien.”⁴

Los críticos, en cambio, temían que la ley no alcanzara sus metas más ambiciosas, en gran medida porque cada estado tendría demasiada libertad. Existía la posibilidad de que los estados con un mal desempeño cayesen en la tentación no de elevar sus estándares sino de bajar sus estándares.⁵ Al mismo tiempo, los establecimientos con buen rendimiento podrían comenzar a

² Los estados fueron responsables de crear lineamientos para determinar cuales escuelas eran peligrosas. “Four Pillars of NCLB,” US Department of Education, <http://www.ed.gov/nclb/overview/intro/4pillars.html>. Con acceso en Marzo 10, 2009.

³ Chester E. Finn, Jr., “Leaving Education Reform Behind,” *The Weekly Standard*, Enero 14, 2002.

⁴ Jonathan Alter, “Give the Pols a Gold Star,” *Newsweek*, Enero 21, 2002.

⁵ De hecho, al menos un estado, Missouri, bajó sus estándares después que la ley fue puesta en efecto. Nancy Zuckerbrod, “Congress to Weigh ‘No Child Left Behind,’” *Associated Press*, Enero 13, 2007. Un estudio en el 2007 por el Northwest Evaluation Association, encontró una amplia diferencia en los estándares de capacidad

discriminar a aquellos alumnos menos aventajados.⁶ Finalmente, los escépticos creían que con miras a obtener mejores resultados, los profesores optarían por preparar a sus alumnos sólo en aquellas asignaturas evaluadas, dejando de lado otras igualmente importantes como arte o ciencias sociales.

Pero la llamada “elección del prestador” casi no generó críticas. ¿Quién podía oponerse a la posibilidad de trasladar a un alumno a un mejor colegio?

La Elección de un Colegio en Chicago

En Chicago, la reportera del *Chicago Tribune*, Stephanie Banchemo, había seguido de cerca las discusiones legislativas, los debates y las proyecciones del NCLB. Con 13 años de experiencia como reportera, adhirió a los principios de la ley y pese a tener especial cuidado por mantenerse neutra y objetiva, tenía la certeza de que la “elección del prestador” era una formula que beneficiaría a familias de menores recursos que buscaban dar una mejor educación a sus hijos. Como muchos, veía esta medida como una que pudiese, por ejemplo, terminar con la histórica desigualdad que afectaba a los estudiantes negros. “¿No suena genial?” pensaba Banchemo. “Si ponemos a un niño en un colegio mejor todo cambiaría. Nadie puede no estar de acuerdo en que rescataríamos a los niños de los estratos más bajos.”⁷

Pero una vez que la ley entró en vigencia a comienzos de 2003, algo inesperado aconteció. El NCLB dejaba tantas libertades a los estados que muchos pequeños distritos enfrentaron conflictos en la implementación y la “elección del proveedor” resultó especialmente compleja. En todo el país, alumnos que podían acceder al traslado, no se estaban acogiendo al beneficio.⁸ Más aún, quienes sí lo hicieron estaban enfrentando escollos insospechados. Administradores locales eran reacios a aceptar a los alumnos⁹ y muchos buenos colegios simplemente no tenían cupos.¹⁰ En ciudades grandes como Nueva York, Filadelfia y Washington simplemente hubo que limitar el número de traslados.¹¹

establecidos por varios estados. G. Gage Kingsbury et al, “The State of State Standards: Research Investigating Proficiency Levels in Fourteen States,”

<http://www.nwea.org/assets/research/national/State%20of%20State%20standards%20-%20complete%20report.pdf>

⁶ James E. Ryan, “The Perverse Incentives of the No Child Left Behind Act,” University of Virginia School of Law, 2003 Public Law and Legal Theory Research Papers. Diciembre 9, 2003.

⁷ Entrevista del Autor con Stephanie Banchemo, Noviembre 8, 2008, en Palo Alto, CA. Todas las otras citas de Banchemo, a menos que sean atribuidas de otro modo, son de esta entrevista.

⁸ Nurith C. Aizenman, “Few Children Apply for School Transfers,” *Washington Post*, Junio 20, 2002.

⁹ Elissa Gootman, “Schools Seeking Alternatives to Granting More Transfers,” *New York Times*, Septiembre 30, 2003.

¹⁰ Dale Mezzacappa, “Limited Transfer Options Available: Students at 10 ‘Failing’ Schools Can Leave,” *The Philadelphia Inquirer*, Agosto 30, 2002.

¹¹ Sewell Chan and Valeri Strauss, “Despite ‘No Child’ Law, Few Transfer Slots in DC Schools,” *Washington Post*, Agosto 3, 2004.

La situación en Chicago, el tercer sistema escolar más grande del país, fue especialmente caótica. La ciudad no podía asumir los costos de transporte o responder a la cantidad de traslados. Para reducir costos se optó, en julio de 2002 (sólo 6 meses después de la entrada en vigencia de la ley) por limitar a 90 la cantidad de colegios que aceptarían traslados. Muchos de ellos, sin embargo, no mejores que aquellos establecimientos deficientes que pretendían remplazar.¹² Al mismo tiempo, el sistema escolar de Chicago determinó que de existir un traslado, el menor no podría estudiar a más de 5 kilómetros de su hogar. Y aún cuando la medida se flexibilizó un poco con el tiempo, lo cierto es que el sistema mantuvo prácticamente las mismas falencias que antes de la aprobación de la ley.¹³

Al mismo tiempo, para el año escolar 2002-2003, el primero bajo la ley NCLB, el Estado determinó que en Chicago había 124 mil niños susceptibles de ser trasladados, es decir, más de la mitad de la población total que asistía a colegios públicos (240 mil). Sin embargo, a agosto, sólo existía la capacidad para ofrecer 29 mil traslados efectivos. Y probablemente fue esta oferta limitada la que redujo el número de cambios a tan sólo 1.900. En ese entonces, Banchemo escribió, “ya sea por las limitadas opciones o porque los padres están satisfechos con las condiciones actuales, tan solo 1.900 alumnos del sistema de Chicago han solicitado un traslado a un mejor colegio.”¹⁴

El siguiente año el sistema habilitó incluso menos traslados y en agosto de 2003, más de la mitad de los 600 establecimientos de Chicago no cumplieron con los estándares mínimos. La solución era casi una lotería. El superintendente Arne Duncan envió a las familias que calificaban, una carta para que ingresaran a la lista de quienes optaban a la lotería por ganar uno de los 1.000 cupos para traslado.¹⁵ Los legisladores habían subestimado el número de alumnos capaces y no habían calculado la escasez de buenos colegios. Al mismo tiempo, los colegios con exigentes procesos de selección no estaban obligados a aceptar los traslados.

El problema no era sólo la sobrepoblación. Había además una reticencia generalizada. En los colegios que se vieron forzados a aceptar los traslados, los apoderados mostraron dudas frente a la llegada de alumnos que bien podían mermar los resultados generales.¹⁶ Más aún, como los colegios que mostraron falencias se ubicaban en los mismos sectores, la ley debió contemplar el traslado fuera de las fronteras del distrito, lo que aumentó aun más el temor y reticencia de los establecimientos que debía recibir a esos alumnos. No fue raro entonces que en Illinois, por

¹² Stephanie Banchemo and Ana Beatriz Cholo, “Only 7% Seek Transfer to a Better School; Despite US Plan, Most City Pupils Not About to Move,” *Chicago Tribune*, Agosto 20, 2002.

¹³ Derrick Z. Jackson, “The Big Lie: ‘No Child Left Behind,’” *The Boston Globe*, Agosto 2, 2002

¹⁴ Banchemo and Cholo, “Only 7% Seek Transfer to a Better School.”

¹⁵ Sam Dillon, “State Cutbacks Put Schools and Federal Law to the Test,” *New York Times*, Agosto 31, 2003.

¹⁶ Stephanie Banchemo, “Federal School Reform Stumbles; Confusion Reigns Over Choice Plan,” *Chicago Tribune*, Agosto 28, 2002.

ejemplo, los distritos crearan barreras tan infranqueable que finalmente la posibilidad del traslado remoto fue efectivamente anulada.

Incluso con el reducido numero de traslados, los problemas logísticos y de financiamiento hacían que la implementación del cambio fuese compleja. Transportar a cientos de estudiantes a colegios distribuidos por todo Chicago era simplemente una pesadilla y en respuesta se optó por cargar la mano a los apoderados. Para el 2003 se creo un subsidio de 30 centavos por milla, el que podía ser usado para costear la bencina de un auto particular o cubrir el gasto de la locomoción publica.

La reportera indaga más

Para el verano de 2003, Banchemo se cuestionaba los alcances del NCLB. ¿Era exitosa? ¿Qué efecto había tenido sobre los niños que pretendía ayudar? Interesada alguna vez en estudiar pedagogía, Banchemo dedico más de un año a escribir e investigar las implicancias del NCLB. Y ahora, sin embargo, se encontraba frente a una historia distinta. “Escribí mucho de la noticia oficial, sentada en mi escritorio y conversando con funcionarios del gobierno, pero nunca había entrado a la sala, o pensado: ‘A ver, ¿qué pasa en la realidad?’,” dijo.

Banchemo encontró la solución a sus preguntas: encontraría a un estudiante dedicado y que estuviese en proceso de traslado a un mejor establecimiento y lo seguiría durante un año. Así, sería testigo de la vida de ese menor durante un período considerable y tendría material para un extenso reportaje. Banchemo nunca se había comprometido con una tarea similar y tal artículo sería completamente distinto de todo aquello que alguna vez había escrito sobre educación y los colegios locales.

Dudosa incluso de si debía o no proponer la historia a su editor, Banchemo recurrió a su colega y amiga, Cornelia Grumman, periodista también de educación y ganadora de un premio Pulitzer. Banchemo recurrió también a Louise Kiernan, otro colega, de reconocido talento y que había escrito varias piezas de la complejidad y extensión de los que Banchemo estaba considerando. “Era un excelente idea,” recuerda Kiernan. “Banchemo había convertido un complejo y enmarañado articulo legal y había logrado aislar de él un elemento humano. Había ahí gran potencial.”¹⁷

Sí, no, quizás. Justo antes del inicio del año escolar 2003-2004, Banchemo envió un memo a su editor, Kaarin Tisue, explicando su propuesta. Tisue, sin embargo, sólo se hacia cargo del día a día y normalmente no tomaba decisiones sobre artículos mas extensos. “Yo estaba a cargo del frente de educación sólo en forma temporal,” explicó Tisue.

¹⁷ Entrevista del Autor con Louise Kiernan, Enero 13, 2009, in Chicago, IL. Toda cita adicional de Kiernan, a menos que sean atribuidas de otra manera, son de esta entrevista.

Estaba a cargo de demasiados reporteros y muchas otras tareas editoriales. Me gustó la idea de Stephanie y la empujé a seguir, pero nunca tuve claro si sería yo u otro editor el que la guiaría.¹⁸

No era normal que un reportero tomase un proyecto a largo plazo, entre otras cosas porque suponía sacar a un periodista de la rutina diaria. Tisue autorizó a Banchemo a investigar, pero no la liberó de sus responsabilidades diarias. Tampoco dio a Banchemo apoyo logístico o editorial.

“No es costumbre en el *Chicago Tribune*,” explicó Grumman. “Ellos sólo quieren sacar adelante el periódico del día siguiente, y en ese contexto, presentar un proyecto de esta magnitud sólo parece traducirse en la pérdida de un reportero.”¹⁹ Banchemo a la vez reconocía que su fin no estaba del todo claro: “Me gustaría poder afirmar que tenía un gran plan, pero la realidad es que no sabía qué pasaría o qué haría yo.”

Con el apoyo de Grumman y Kiernan, Banchemo decidió tomar ventaja. No le habían dicho que sí, pero tampoco había recibido un no por respuesta. Aún cuando contaría con poco apoyo editorial, al menos podría buscar un foco claro. Mientras pudiese cumplir con sus obligaciones diarias, tenía la confianza de que sus jefes no le negarían la posibilidad de investigar más profundamente la historia.

Con la vista tapada

El 7 de septiembre de 2003, Banchemo y la fotógrafa Heather Stone fueron asignadas a la cobertura del inicio del año escolar. Se dirigieron a Stockton Elementary, establecimiento ubicado en la zona norte de Chicago y en un sector con integración racial. Puesto que era un buen colegio, con pocos alumnos por curso y buenos resultados, Banchemo supuso que encontraría ahí a un estudiante que su hubiese acogido al traslado que permitía el NCLB. De hecho, un puñado de apoderados y sus hijos se encontraban postulando a las distintas asignaturas. Todos provenían de establecimiento con problemas. Mientras los entrevistó para su artículo, Banchemo aprovechó de estudiarlos con miras a seleccionar a quien pretendía seguir durante un año.

Banchemo quería hacer su elección lo más “científica” posible. En el intento por controlar ciertas variables optó por un buen alumno, de un buen hogar, que de pronto se encuentra con las posibilidades que le da un mejor establecimiento. “Lo que quería comprobar era el efecto que tenía la ley sobre un buen alumno,” explicó.

¹⁸ Kaarin Tisue, email al autor, Enero 28, 2009.

¹⁹ Entrevista telefónica del autor con Cornelia Grumman, Febrero 12, 2009. Toda cita adicional de Kiernan, a menos que sean atribuidas de otra manera, son de esta entrevista.

No quise fijar demasiados parámetros o elegir una familia con un niño con necesidades especiales. Por el contrario, busqué un protagonista promedio para el que la vida cambiaría con mejores alternativas.

Rápidamente Banchemo descartó a cerca de 14 niños, ya sea porque sus características los hacían demasiado singulares o porque dada su corta edad no serían buenos entrevistados. Banchemo sentía que para este artículo en particular, el alumno debía tener la edad suficiente para expresar sus pensamientos.

Escoger un protagonista. Una familia en particular llamó la atención de Banchemo. Era Yolanda Carwell, una mujer afroamericana, cercana a los 30 años y madre soltera de tres niños, dos hombres y una mujer, todos provenientes de Holmes Elementary, un recinto de pésimos resultados en el lado sur de la ciudad. La primera vez que Banchemo entrevistó a Yolanda Carwell, ella declaró que cuando sus hijos fueron aceptados fue “como si hubiese ganado la lotería.”²⁰ Carwell había abandonado la educación media a los 17 años y parecía genuinamente comprometida con dar a sus hijos un mejor pasar. Banchemo se sorprendió además porque Carwell estaba estudiando para la obtención del GED, una suerte de convalidación para la educación superior. “Parecía decir todas las cosas correctas,” recordó Banchemo.

Era todo lo que yo quería escuchar, dijo. “Yo no terminé la educación superior y no quiero que mis hijos repitan mi historia,” “conozco el valor de la educación,” “quiero que mis hijos tengan mas oportunidades aun cuando signifique trasladarlos a un lejano pero mejor colegio.”

Esta era, según Banchemo, el tipo de madre para la que se había diseñado el NCLB. “Era alguien que estaba dispuesta a sacrificarse para conseguir el apoyo del gobierno,” afirmó Banchemo. La reportera estaba convencida que la hija de Carwell era la protagonista perfecta. Rayola era alumna de cuarto básico y era inteligente: según Carwell una alumna de promedio 7.0 en su antiguo colegio. Los Carwell eran, dijo Banchemo, “la familia ideal.”

¿Que sigue? Banchemo había encontrado a su protagonista, pero estaba lejos de decidir qué seguía. Su meta era comprender, desde la misma sala de clases, cuáles eran los alcances del NCLB. Aún así no sabía con certeza qué buscar, que elemento obviar, o si el protagonismo de un único alumno le permitiría una radiografía general. Banchemo tenía la esperanza que la historia se haría evidente con el tiempo.

Entré con la vista tapada. No sabía cuál sería la historia, cuánto tiempo pasaría con los Carwell o siquiera si habría una historia. Pero fue tanto lo que pasó en la primera semana que estuvo claro que ahí había algo digno de contar.

²⁰ Stephanie Banchemo, “Chapter One: One Girl’s Struggle To Find A Future,” *Chicago Tribune*, Julio 18, 2004.

Primer día, primera sorpresa

Después de recopilar suficiente material para la nota del día, Banchero quiso pasar un poco más de tiempo en el colegio para estar más con Rayola y definir si era ella efectivamente un buen personaje. La acompañó a su primer día de clases. Banchero se percató que aún cuando era rápida, claramente carecía de concepto claves y le costaba seguir el ritmo. Resultó que esto no era sólo porque Rayola provenía de un colegio deficiente. Hacia el final del día, el director del colegio citó y cuestionó a Rayola. Si bien ella insistió que en estaba en cuarto básico, el director tenía una información distinta: Rayola había reprobado el tercer año básico.

Debido a que el proceso de traslado era tan caótico—de hecho Carwell se había enterada que podía trasladar a su hijos solo cuatro días antes de que comenzara el año escolar muchos padres no tenían el tiempo suficiente para recopilar los antecedentes académicos de sus niños. A consecuencia de ello el diagnostico se hacía en la misma sala y la rectoría debía confiar en que la información entregada por Carwell era verídica. En el transcurso de ese primer día el coordinador del NCLB asignado a Stockton pudo rescatar los antecedentes de Rayola y pese a que efectivamente había obtenido sólo notas 7.0, había reprobado el tercer año básico a causa de reiteradas inasistencias. Carwell inicialmente negó todo, incluso cuando enfrentada a los registros, pero finalmente reconoció dicha información.

La escena hizo que Banchero estuviese aun más segura de su elección. “Algo parecía más interesante,” recordó. A lo largo de ese día Banchero había comprobado que Rayola era inteligente y asertiva. Si había reprobado un curso por ausentismo la pregunta entonces era qué había pasado. ¿Por qué Rayola había faltado tanto al colegio?

Aunque no estaba segura del rumbo que tomaría la historia, Banchero decidió mantener a Rayola como su protagonista. Si bien Yolanda Carwell estaba todavía molesta por haber sido enfrentada con la información de los registros académicos, Banchero se aventuró a conversar con ella y explicarle que estaba interesada en seguir a su hija durante un año. Un vez que contó con la aprobación de Carwell, Banchero le pidió también permiso para acompañarlos en el trayecto al colegio para así ser testigo del esfuerzo que implicaba el traslado a un recinto que estaba lejos de su hogar. Carwell nuevamente accedió.

El comienzo de una teoría

Al día siguiente Banchero llegó de madrugada a la casa de los Carwell para acompañarlos en el trayecto al nuevo colegio. Sin embargo, los Carwell no estaban. Banchero se apuró para llegar a Stockton Elementary, pero los Carwell tampoco estaban ahí. Finalmente, cerca de las 9:20, la familia llegó y Yolanda explicó que el automóvil se había averiado y en cambio tuvieron que viajar

en el transporte público. Para empeorar las cosas, el atraso significó que los niños perdieran el desayuno, al que tenían acceso como beneficio del Estado.

Hacia fines de la semana, el transporte aparecía como un elemento clave. Chicago había flexibilizado las exigencias de NCLB y había permitido los traslados a establecimientos que estuviesen a una distancia mayor a la establecida por ley. En este caso, Stockton estaba casi a 21 kilómetros de la casa de los Carwell. Sin automóvil, la familia debía elaborar un plan de traslado que duraba casi dos horas. El viernes, último día de su primera semana, los niños Carwell simplemente no llegaron. El transporte era un tema en el que Banchero podía centrarse. “El mayor problema de NCLB es el transporte. Esa es la clave para que la ley funcione,” dijo Banchero. Esto, pensó, era una complicación relevante y “mi estomago me advertía que aquí había una buena historia,” agregó.

Consentimiento. Banchero estaba completamente convencida de seguir con el tema pero estaba conciente que esta suerte de permiso informal con que contaba no sería suficiente para el reporte largo y profundo que pensaba hacer respecto de los Carwell. Necesitaba estar segura que tanto la madre como el colegio entendían exactamente el tipo y profundidad de la información que necesitaba. Banchero solicitó al director concertar una reunión con Yolanda Carwell y en ella explicaría los alcances de su proyecto.

El lunes siguiente, el primer día de la segunda semana de clases, los tres se sentaron en la oficina del director y Banchero expuso su plan de seguimiento a Rayola Carwell durante un año. Entregó a Carwell copias de alguno de sus reportajes, incluyendo la nota escrita el primer día y que incluía una foto de la familia. “Este es el tipo de noticia que quiero escribir,” Banchero recuerda haberle dicho a Carwell.

Quiero seguirte, quiero entrar a la sala, quiero estar presente en cada reunión... si hay algo que tú no quieres que yo sepa, entonces, debes decírmelo ahora porque de lo contrario, yo estaré en todos lados.

“Supuse que diría que no si quisiera,” explicó Banchero. Para su sorpresa, Carwell y el director accedieron.

Tras bambalinas

La semana siguiente Banchero decidió visitar a los Carwell en su casa, y así tener una idea de cómo transcurría el tiempo fuera de la sala de clases. “Quería ver qué pasaba, ¿cómo hacían sus tareas, que hacían el fin de semana?” “Creí que encontraría algo bueno,” explicó.

Banchero llegó a la casa que Yolanda Carwell compartía con su madre, su hermana y un sobrino. Los Carwell vivían en el lado sur de Chicago, en Englewood, un barrio predominantemente afroamericano y conocido por altos índices de delincuencia. Banchero sabía

que el antiguo colegio de Rayola, el Holmes Elementary, quedaba a pocas cuadras en una calle peligrosa. Las salas del Holmes tenían demasiados alumnos, los profesores poco calificados y menos del 30 por ciento de sus estudiantes aprobaba los exámenes anuales impuestos por el Estado. El barrio y el colegio eran muy distintos de la realidad étnica y académica que había en Stockton. Pero el mayor contraste estaba en la casa de los Carwell. Mientras la calle estaba descuidada y sucia, “la casa era ordenada, reluciente y olía a limpio.” Agregó:

 Mi primera impresión fue que había mucho amor en esta familia. Podían tener problemas, pero ahí había una madre dedicada y unos niños muy respetuosos de su autoridad.

Banchero pasó el día con los Carwell, tratando de estudiar sus rutinas. “Siempre traía mi cuaderno pero la verdad es me dedicaba más bien a observar y pasar tiempo con ellos,” explicó Banchero. Trató de entender cómo pasaban su tiempo libre pero eventualmente se sintió incomoda. “Es extraño estar en la casa de un desconocido y simplemente mirar como hacen nada,” dijo. “Pensaban que había que atenderme en vez de hacer lo que normalmente harían o simplemente acostarse a ver televisión.” Esto ocurriría en las primeras visitas. Después de un tiempo, sin embargo, la familia pronto comenzó a relajarse ante su presencia.

Tiempo después, Banchero empezó a darse cuenta de nuevos detalles. Llamaba la atención que la habitación de Yolanda Carwell fuese siempre una suerte de zona de desastre y pese a ello, parecía pasar ahí gran parte de su tiempo. Mientras los niños jugaban, veían televisión o incluso peleaban, Carwell se encerraba en su habitación, hablaba por teléfono o veía algún programa. Rayola, observó Banchero, era la que generalmente limpiaba y ordenaba la casa. “Había algo raro ahí,” pensó Banchero. Y comenzó a preguntarse si la falta de compromiso de la madre podía ser la causa tras el ausentismo de Rayola. Después de todo, el antiguo colegio estaba a pocas cuadras de distancia y ahí el transporte no podía ser la causa.

El primer mes en Stockton

El primer mes de clases fue bastante parejo para Rayola. El curso avanzaba rápidamente y ella, ahora en tercero básico, parecía adaptarse. Tres mañanas a la semana Banchero se sentaba en la última fila y observaba mientras la sala estudiaba lenguaje y matemáticas, dos de las materias evaluadas en el NCLB. Trataba de no llamar la atención sobre Rayola ya que la niña estaba aún un tanto resguardada ante ella y además era todavía muy nueva en Stockton. La periodista conversaba diariamente con Rayola y contrastaba sus dichos con los profesores y su rendimiento objetivo.

Cerca de las 11 de la mañana, Banchero volvía a las oficinas del *Tribune*. Si bien sus colegas sabían que pasaba largas horas en Stockton, no conocían del todo la naturaleza de la tarea que se

había propuesto. Y puesto que era capaz de completar sus tareas diarias, los editores hacían caso omiso de sus atrasos.

En esta etapa Banchemo deseaba tener un apoyo más “oficial” y trataba de darle un sentido a lo que estaba descubriendo en Stockton. Pero, al mismo tiempo entendía porqué estaba sola. “La realidad era que no resultaba interesante que Rayola perdiese un día de clases. Lo interesante ocurría cuando uno entraba en la vida de estas personas y para eso aún faltaba un largo trecho,” dijo Banchemo.

Progreso. Las cosas parecían ir bien para Rayola. Su profesora, Judy Fromm, era excelente—una de las mejores profesoras que había visto en mis muchos años en el frente de educación,” sostuvo Banchemo. Fromm encontraba tiempo para explicar a Rayola aquellos conceptos que no había recibido en su antiguo colegio. Además, asignó a la niña un tutor para que pudiese apoyarla aun más. Pese a que tenía un grado de atraso en lenguaje, en matemáticas Rayola era sobresaliente. Siempre hacía sus tareas, se portaba bien y era tan atenta que aún sentada al lado del niño más conversador de la clase, ella no perdía el foco.

Al observar el progreso de Rayola, Banchemo sintió que quizás terminaría escribiendo una historia de superación. Veía un real y positivo impacto del NCLB. Una niña capaz estaba recibiendo los incentivos y oportunidades para aprender en un ambiente más seguro y desafiante, y estaba saliendo adelante. La historia, pensó Banchemo, sería una contribución importante al debate nacional sobre el NCLB.

Obstáculos

Avanzado el otoño, algo cambió. Rayola estaba cansada. En las mañanas pasaba las dos horas más importantes, las de lenguaje y matemáticas, peleando con su propio sueño. Banchemo se dio cuenta que generalmente Rayola y sus hermanos llegaban tarde y constantemente perdían el desayuno. Rayola tenía sueño y hambre. Y eso sí es que efectivamente llegaba.

No era raro que los niños Carwell no llegaran. Varias mañanas a la semana Banchemo se estacionaba frente a la casa de los Carwell alrededor de las seis de la mañana y esperaba en su auto. Durante octubre y noviembre, la mayoría de los días la casa permanecía a oscuras hasta pasadas las ocho, demasiado tarde para llegar a tiempo al colegio. Banchemo volvía al *Tribune* y más tarde, cuando llamaba al colegio para preguntar por los Carwell, la mayor parte del tiempo la respuesta era que no habían ido.

Yolanda Carwell. El problema parecía ser que Yolanda Carwell había escogido Stockton simplemente por su prestigio, pero no había investigado lo suficiente ni mucho menos tenía noción de lo lejos que quedaba de su casa y su rutina diaria. Pese a que Banchemo quería darle el beneficio de la duda, lo cierto es que este tipo de comportamiento parecía ser normal en ella. Al margen de

la efusividad del primer día, Carwell no tenía capacidad de mantener los compromisos iniciales. Generalmente se ausentaba de las reuniones, no devolvía los llamados y dejaba escapar las buenas oportunidades.

Había varias pistas que revelaban el comportamiento de Carwell. Stockton Elementary tenía un programa especial dedicado a ayudar a las familias con sus conflictos más allá de la sala de clases. Ada Ortiz, la asistente social asignada a la familia de los Carwell incluso buscó para Yolanda un trabajo y una casa más cerca del colegio, pero con el tiempo y las constantes frustraciones simplemente dejó de ayudar. En un comienzo, Carwell pareció entusiasmada con la idea de una nueva casa y quizá un trabajo mejor pagado. “Para mí, eso era incluso más interesante porque pese a no ser la madre perfecta, parecía estar haciendo un genuino esfuerzo,” explicó Banchemo.

Pero los esfuerzos fueron finalmente en vano. Ortiz consiguió varias entrevistas y Yolanda ni siquiera apareció en muchas de ellas. Igualmente, cuando sí aparecía, otras cosas siempre iban mal. Carwell accedió a arrendar un departamento cercano a Stockton, pero cuando tuvo que hacer el depósito inicial, no cumplió. Una segunda vez, no entregó los papeles que le solicitaron y perdió el departamento. En otra ocasión, Ortiz, anticipándose a la conducta de Yolanda, la condujo ella misma a la entrevista con una empresa que buscaba emplear a personas para el traslado de pacientes desde y hacia consultas médicas. Luego de llenar la solicitud y entrevistarse con la persona a cargo, Carwell recibió una buena oferta. La compañía incluso ofreció hacerse cargo del transporte de los niños. Pero cuando la llamaron a capacitación, Yolanda nunca respondió y el trabajo se perdió.²¹

Ausencias injustificadas. A mediados de noviembre, Rayola ya había perdido 14 de los 46 días de clase transcurridos. Otros 12, había llegado tarde y su desempeño académico estaba comenzando a resentirse. A pesar de sus esfuerzos, había perdido gran parte de la materia de lenguaje y matemáticas. Sin los conocimientos básicos, el progreso que había mostrado en un principio se diluyó.

Banchemo en un principio había atribuido todo al problema del transporte. Pero lo cierto es que este era sólo una parte de un tema mucho más complejo. Encerrada en su habitación y desvinculada de sus hijos, Carwell permitía que los niños estuviesen largas horas frente a la televisión y hasta muy tarde. Ello hacía imposible que durmieran lo suficiente y despertaran a tiempo para llegar al colegio. Para llegar a Stockton a las 9:20, los niños deberían estar en pie no más allá de las seis de la mañana. De hecho, la misma Yolanda tenía dificultad para levantarse temprano. Banchemo nunca tocó el timbre pero esperaba en su auto y veía que la casa estaba oscura hasta muy entrada la mañana.

²¹ Stephanie Banchemo, “Chapter Two: Falling Back,” *Chicago Tribune*, Julio 19, 2004.

Irónicamente, cuando Carwell empezó a trabajar, las cosas incluso empeoraron. Trabajaba en las mañanas y delegó la tarea de llevar a los niños a su tía o algunos días a la abuela. Pero la abuela era artrítica y difícilmente caminaba lo que atrasaba aún más a los niños. Cuando nadie podía llevarlos, Rayola y sus hermanos se quedaban en la casa. Muy pronto, Carwell abandonó su trabajo, y por lo que pudo descubrir Banchemo, éste no era un comportamiento inusual. Carwell nunca mantenía un trabajo estable durante mucho tiempo. En ocasiones, estando desempleada, se veía obligada a echar mano a los \$191 dólares que le entregaba el Estado para bencina y en cambio, destinarlo a comida u otras necesidades. Simplemente no tenía como costear la mantención de un auto.

La tesis se desintegra. Mientras las ausencias se hacían recurrentes y el progreso de Rayola se diluía, Banchemo se dio cuenta que su premisa inicial comenzaba a perder sentido. En la media de sus posibilidades, Rayola hacía un esfuerzo por sacar ventaja de su traslado a Stockton, pero sin quererlo, Carwell estaba boicoteando sus avances. Y esto poco tenía que ver con la “elección del proveedor” involucrada en el NCLB o el tema del transporte. A fines de noviembre, Banchemo se cuestionaba si Rayola era un buen caso a seguir. Parecía complejo escribir una historia que pudiese llevar a los lectores a restar valor al NCLB sólo basándose en la experiencia de una familia de escasos recursos y con profundos conflictos.

Banchemo estaba cada vez más frustrada con el comportamiento de Carwell. Grumman, que había seguido de cerca la investigación, recuerda que Banchemo estaba “tan frustrada que simplemente no sabía como seguir.” Grumman, sin embargo, la empujaba a continuar. Kiernan, que funcionaba como una suerte de guía informal, hacía lo mismo. Banchemo continuó sus visitas a Stockton tres mañanas a la semana.

De Stockton a Attucks

Después de las vacaciones del día de acción de gracias, el director de Stockton encaró a Carwell y le cuestionó las reiteradas ausencias de los niños. Banchemo estaba ahí, y escuchó como Yolanda negaba que existiese problema alguno. “No sabe de que está hablando,” dijo al director. “No han perdido tantos días.”²² La conversación subió de tono y el director incluso amenazó con llamar al servicio social. Finalmente, Carwell admitió que los niños no le hacían caso y estaban hasta muy tarde levantados. El director prometió conversar con ellos.

Pareció que la conversación había tenido algún efecto. Durante las dos semanas siguientes a la discusión entre Carwell y el director, Rayola y sus hermanos llegaron al colegio a la hora. Con el tiempo sin embargo, las ausencias se volvieron rutina y después de Navidad, los Carwell nunca volvieron a Stockton.

²² Ibid.

Aparentemente molesta por la intromisión del director, Yolanda Carwell retiró a los niños del colegio. Según le explicó a Banchero, había buscado en la página oficial de Chicago el listado de los colegios del distrito y había elegido Attucks Elementary—un recinto bastante más cercano a su casa. Sin embargo, Carwell no se había percatado que según las últimas evaluaciones, Attucks no cumplía con los estándares mínimos de calidad. Se había confundido en los criterios de búsqueda del sitio y había optado por un colegio de alumnos mayoritariamente negros y prácticamente con un tercio más de niños por sala que Stockton. Sólo un 35 por ciento de sus estudiantes aprobaba los exámenes del Estado (en Stockton lo hacía un 56 por ciento).²³ Cuando abandonaron Stockton, los niños Carwell habían perdido 24 de los 75 días de clases transcurridos, pero la calidad de la educación en Attucks era tan deficiente que aun así Rayola estaba más avanzada que sus nuevos compañeros.

Banchero no podía creerlo. “El personal de Stockton hizo lo posible,” sostuvo Banchero. “Simplemente no pudieron arreglar el problema.” Y para empeorar las cosas, en Attucks no permitieron el acceso de Banchero. “El colegio era tan nefasto que la dirección prefirió no dejarme entrar y observar lo que ahí pasaba.”

Durante enero, Banchero no tuvo acceso a la sala de Rayola e incluso sospechaba que Carwell había contribuido a negarle la entrada. Banchero la enfrentó y nuevamente Yolanda le aseguró que no tenía problemas con el seguimiento a su hija. Banchero organizó una conferencia telefónica en la que se aclarara que sí contaba con el consentimiento del apoderado. Finalmente, contactó a Arne Duncan, el superintendente de los colegios de Chicago, y logró que Attucks le permitiese entrar.

¿Fin de la historia? En este punto Banchero estaba perdiendo la fe en su historia. Al inscribir a Rayola en un colegio tan malo como el de origen, Banchero no podría comprobar su teoría inicial. Era enero, la periodista tenía la intención de seguir a Rayola hasta junio. ¿Cómo podría escribir una buena historia sobre el NCLB? Y aun así, sentía que tenía la obligación de contar esta realidad. “Muchos no tienen la oportunidad de ser testigos de lo que yo estaba viendo. Tenía la oportunidad de ver los alcances de una ley y sentía la responsabilidad con mis lectores, con la comunidad, con Rayola y otros como ella,” dijo. Bien contada, la experiencia podría ayudar a otros.

Banchero se sentía perdida. El estrés del proyecto y la carga diaria de trabajo le estaban pasando la cuenta. Frustrada, confundida y cansada, Banchero estaba lista para abandonar su investigación. Grumman en cambio, seguía pensando que valía la pena y la instaba a seguir.

²³ Stephanie Banchero, “Chapter Three: Starting Over,” *Chicago Tribune*, Julio 20, 2004.

Salvando la historia

Impulsada por Grumman, Banchemo mantuvo su esfuerzo. Hacia fines de enero de 2004 creyó encontrar un nuevo ángulo: Rayola estaba haciendo su parte. Era empeñosa, trabajadora y esforzada y hacía todo lo que le pedían. Era todo lo demás lo que parecía escaparse de sus manos.

En la búsqueda de sentido, Banchemo comenzó a discutir abiertamente su historia con sus compañeros del *Tribune*. Incluso, cuando le comentó a Tissue que Rayola había sido trasladada a Attucks, Tissue se cuestionó si quizás la historia había alcanzado un final lógico. ¿Era ya hora de publicar?

Aun cuando todavía no estaba completamente convencida con la tesis de su historia, Banchemo creía que todavía había que observar el desempeño de Rayola en su nuevo colegio. Evidentemente esta ya no era la historia que en principio se había propuesto escribir pero eso no significaba que no hubiese historia. Era, sentía Banchemo, muy temprano para darse por vencida. “Mi instinto me advertía que esto ya no se trataba de la ley o si ésta era o no una buena ley. La historia aquí era por qué la ley no funcionaba y la única manera de saberlo era siguiendo a esta familia,” explicó.

No estaba completamente segura de lo que estaba haciendo o cuando íbamos a publicar. Asumí que sería antes de fin de año. No sabía qué tipo de artículo terminaría escribiendo, si una sola nota o una serie. No sabía nada, pero estaba segura que había que darle tiempo al tiempo, dejar que las cosas decantaran.

Después de hablar con Banchemo, Tissue accedió. Banchemo volvió a su investigación aunque todavía sin un editor formal. Esto sin embargo estaba a punto de cambiar.

Reportajes

A fines de enero, en la sala de redacción ya se hablaba abiertamente de la historia que estaba investigando Banchemo. El editor jefe, James O’Shea, supo de ella y confiando en su potencial, sugirió que Banchemo fuese temporalmente transferida al equipo de reportajes, liberándola de sus tareas diarias. La tarea del equipo de reportajes era descubrir y elaborar historias más extensas. Cubrían diversos temas. “Podía ser una nota internacional o nacional,” explicaba George Papajohn, el jefe de ese equipo. “Podía tratarse de investigaciones duras o más tradicionales. Podían ser narrativas o simplemente buenas historias que se publicaban en series.” Llevar estos ambiciosos artículos a imprenta requería de un mayor apoyo logístico y editorial.

Pese a que Banchemo ya estaba a medio camino, el equipo de reportajes estuvo dispuesto a ayudarla a dar forma y finalmente publicar la historia de Rayola Carwell. Banchemo fue liberada de

sus tareas diarias y fue asignada a trabajar con George Papajohn y el también editor Robert Blau. Tisue también se mantendría como parte del proyecto y Kiernan continuaría como consejero. “Pobre Stephanie,” sostuvo Papajohn. “Antes parecía que no recibía atención de nadie. Ahora tenía a tres editores encima.”²⁴ Banchero, sin embargo, estaba aliviada. Se las había arreglado para sobrellevar la primera mitad de año y ahora contaba con colaboración y consejos editoriales.

Cambio de ángulo. El primer mandato de sus nuevos editores fue comenzar a escribir. Esto, esperaban sus jefes, ayudaría a Banchero a ordenar el material que ya tenía y organizar los meses que vendrían. Inicialmente los editores decidieron que la nota sería publicada en dos capítulos. Banchero escribiría primero sobre la experiencia de Rayola en Stockton y luego publicaría la experiencia de Attucks.

“El foco de la historia cambió completamente. En febrero, Banchero entregó a los editores un primer borrador. Este primer capítulo introducía a los personajes, describía el traslado a Stockton y revelaba pequeñas anécdotas de la vida de los Carwell. Sin embargo, los editores consideraron que el relato lineal era más bien débil. Banchero estuvo de acuerdo. “Para ser honesta, no había ahí nada interesante y de hecho quedaba claro que de existir una segunda parte ésta tendría que ser más que un relato cronológico,” reconoció Banchero.

Los editores sentían que Banchero se había centrado en el desempeño de Rayola en la sala de clases y en cambio había dejado de lado el ángulo más conflictivo de la historia. Argumentaron que Rayola no había tenido éxito no por las falencias del NCLB (aún cuando el transporte efectivamente era un tema) sino por las dificultades que enfrentaba en su vida personal. La historia debía entonces incluir los efectos de la pobreza y la falta de ayuda parental. “Stephanie ha logrado entrar a la sala de clases y ha hecho un gran trabajo mostrándonos lo que ahí pasa,” explicó Papajohn. “Pero lo que necesitamos es una radiografía completa, necesitamos entender el rol de la madre, abrirnos a las distintas influencias sobre la vida de Rayola y la posibilidad que tiene de tener éxito en un sistema regulado ahora por el NCLB.”

¿Tercer Capítulo?

En marzo de 2004, el editor Blau estuvo convencido que la historia requeriría de un tercer capítulo, uno dedicado exclusivamente a Yolanda Carwell. “Ella era una personaje relevante en la historia,” dijo Blau. “Necesitamos explorar tanto su rol de madre como sus impresiones respecto del desempeño de su hija.”²⁵ El material adicional sería publicado entre los dos reportajes sobre el año escolar de Rayola. Los otros editores estuvieron de acuerdo con Blau y pidieron a Banchero que profundizara en los antecedentes de Carwell—estado financiero, documentos civiles y

²⁴ Entrevista del autor con George Papajohn, Enero 13, 2009, in Chicago, IL. Todas las citas adicionales de Papajohn, a menos que sean atribuidas de otra manera, son de esta entrevista.

²⁵ Entrevista telefónica del autor con Robert Blau, Abril 23, 2009. Todas las citas adicionales de Blau, a menos que sean atribuidas de otra manera, son de esta entrevista.

penales. Se trataba de un proceso de recopilación que se hacía en el caso de todas las personas que protagonizaban las historias publicadas por el *Tribune*. “No queríamos sorpresas,” explicó Papajohn.

Obstáculos. Banchero estaba plenamente conciente de la importancia de Carwell. De hecho, había incluido varias anécdotas relacionadas con ella en su primer borrador. Pero no estaba convencida que su participación ameritara tal cobertura. Pese a que estaba de acuerdo en que la vida personal de Rayola era determinante en su desempeño, Banchero insistió en que la historia central debía ser Rayola y sus años escolares y refutó fuertemente la opinión de Blau. “Ella era eficiente, agresiva y daba a conocer abiertamente su opinión,” sostuvo Papajohn

Ella no se conformaba fácilmente. Cuestionaba el porqué y buscaba escuchar una respuesta convincente. ¿Cuál es el fundamento periodístico?
¿Cómo vamos a satisfacer al lector?

En su mente, Banchero repasó los argumentos en contra de convertir a Carwell en el personaje central de la historia. Primero se dijo, investigar a Carwell sería trabajoso e infructuoso. “Pensé que era una pérdida de tiempo,” recuerda Banchero. “Era mucho más complicado. Seguir a Rayola era más simple: bastaba con ir a clases o a su casa y observarla. La madre en cambio era un tema complejo y yo simplemente no quería pasar por eso.” Banchero sospechaba que Carwell nunca había sido completamente transparente y estaba segura que eso no cambiaría.

Banchero sentía que era todavía demasiado prematuro para presionar a Carwell y cuestionar su falta de autoridad. “Empujar a Yolanda a responder porque sus hijos perdían tantos días de clases podía cambiar el resultados de las cosas,” afirmó Banchero. “No quería alterar una historia que estaba en curso.”²⁶ Y agregó:

Quería que ella me viese como alguien que simplemente estaba ahí para observar, no para juzgarla. No habría prejuicios. Nunca la interrogué porque quise que me abriera las puertas.

Un capítulo completo dedicado a Carwell significaba usar parte del material recopilado en la primera mitad del año. Las dos mujeres habían pasado mucho tiempo juntas, Banchero la había entrevistado varias veces. Había sido testigo de su búsqueda de empleo y los muchos departamentos que había mirado.

Banchero siempre se había comportado de forma muy profesional, con cuaderno en mano. Concientemente se había mantenido distante e incluso se negó a prestarle dinero a Carwell cuando necesitó comprar comida, y en varias ocasiones no quiso llevar a Rayola a su casa cuando su madre no llegaba a tiempo. Pero a pesar de la distancia profesional, ¿entendía Carwell que todos esos meses de conversaciones podían ser usados en el relato? “Durante septiembre, octubre,

²⁶ Stephanie Banchero, email al autor, Abril 16, 2009.

noviembre y diciembre construí una relación con Carwell en base a la historia que iba a escribir,” dijo Banchero. Parecía razonable pensar que Yolanda entendía que ella era una reportera y no una amiga. ¿Pero lo había entendido realmente?

Por ultimo, Banchero necesitaba la cooperación de Carwell. Si iba a escribir el final de la historia de Rayola, no quería arriesgarse a perder el acceso a ella.

¿Cómo enfrentarla?

Pero los editores fueron firmes. A fines de marzo, Banchero se había convencido que Carwell era una pieza clave en el drama de Rayola y la historia por tanto, debía incluir el perfil de la madre. Para compensar sus defectos, los editores intentaron enumerar sus virtudes como madre. Enfatizaron su interés por transferir a los niños y la gran influencia que parecía tener sobre ellos. “Recuerdo haberle dicho a Stephanie el mérito que tenía el haberse interesado por el NCLB,” recordó Papajohn. “Había algún grado de interés por mejorar las expectativas de vida de los niños, había un paso, había una intención en el traslado. Y por lo tanto, esa también era parte de la historia. Rayola no fue elegida por el colegio, no hubo ahí algo simplemente pasivo.”

Nada de eso, sin embargo, resolvía el dilema de Banchero: ¿Qué le diría a Carwell? Tenía que comentarle sobre este capítulo y el problema sería su reacción. ¿Estaría furiosa? ¿Se negaría a responder preguntas más personales? ¿Le negaría el acceso a Rayola? ¿Hasta que punto necesitaba Banchero que Carwell colaborara?

Su amigo y colega Grumman aconsejaba a Banchero que simplemente le explicara el cambio de enfoque de su artículo. Era irrelevante si Carwell se enojara o sintiera traicionada, argumentaba Grumman. “El trabajo de Banchero era decir la verdad,” dice Grumman. “No estaba simplemente contando una parte de la verdad. Y a veces nos encontramos con verdades más grandes en búsqueda de verdades más acotadas.” Sus editores en el equipo de reportajes, que carecían de los lazos personales que Banchero había desarrollado con la familia, le daban el mismo consejo. Dice Blau:

Es muy importante que le digas la verdad a la persona, al tiempo que le tienes compasión y explicas quizá más de una vez que vamos publicar detalles—algunos íntimos—acerca de sus vidas. Y la experiencia es fuerte para la mayoría de las personas que, a pesar de la conversación, y sin importar cuán inofensiva es la información que tengamos, están todavía muy, muy, muy, muy sorprendidos de verse a sí mismos en el periódico.

Blau y Papajohn insistieron en que Banchero le explicara a Carwell los detalles de la historia antes de que entrase a imprenta.²⁷ “Creímos correcto que Carwell tuviese la oportunidad

²⁷ Robert Blau y George Papajohn, email al autor, Abril 13, 2009.

de saber qué había concluido Banchemo antes que se publicara,” dijeron Blau y Papajohn.¹ Agregó Papajohn: “La meta seguía siendo la misma de cuando ella comenzó: ¿Cómo arrojam0s luz sobre los grandes temas?”

Nadie escribe una historia para satisfacer los intereses del protagonista. Creo que lo que importa es ser justo con aquellos sobre los que escribimos, que nos dan acceso a sus vidas, y quedar convencidos de que nos hemos desenvuelto de una manera ética, que los hemos tratado de manera imparcial y que le hemos dado al lector todos los antecedentes. Entonces, si el debate se reduce a si ella se enojará o no, es difícil de determinar. Pero la meta no era fomentar una relación entre el periodista y el entrevistado. La meta era lograr la historia.

Banchemo sabía que Blau y Papajohn tenían razón. “Esto es periodismo y esto es lo que hacemos,” se dijo Banchemo. “Debemos perseguir siempre la verdad y no preocuparnos por los sentimientos de las personas porque no estamos para eso.” Por otra parte, Banchemo había pasado seis meses con los Carwell y por más desapegada que intentase ser, no había forma de negar que había desarrollado un vínculo con la familia. Quería ser profesional, pero no quería ser cruel. La encrucijada le produjo severos desordenes estomacales. “Terminé enferma por lo culpable que me sentía,” recuerda Banchemo. Sabía que su tiempo se acababa y debía enmendar la situación... ¿pero cómo?